

Testimonio de lectura en fuego cruzado

Río muerto

RICARDO SILVA ROMERO

Alfaguara, Bogotá, 2020, 160 pp.

DESCREO TANTO de la calidad de los bestsellers, como de las críticas fáciles a los mismos. Me parece una cuestión espinosa: ¿cómo negar que el valor literario de una obra es independiente del éxito o del fracaso de su recepción? Pero a la vez, ¿cómo estar seguro de que es la *calidad literaria* y no otro factor lo que lanza un texto al Olimpo de las regalías? En esta encrucijada me encontré con *Río muerto*, la novela de Ricardo Silva Romero que sin duda ha sido uno de los libros mejor vendidos de este año en el país. Y contra mi prejuiciosa sospecha inicial, se trata de una buena novela, con algunos achaques, pero con un tramo final que premia con creces la lectura.

La verdad es que la primera página es un anzuelo imposible de ignorar, difícil de no morder. Dos hombres esperan en el inmenso trancón de entrada a Bogotá y, agotados los temas de conversación, uno le dice al otro: “[...] yo voté contra la paz del plebiscito aquel porque voté contra todos los verdugos”, a lo cual el otro le explica que él voto por el sí “por las mismas razones”. Y entonces viene la gran promesa:

[...] se puso a contarme la novela que voy a contar tal como la voy a contar y tal como usted la va a leer.

Escribo esta trama porque él me lo pidió. “De pronto cámbiele los nombres...”, pensó en voz alta y luego me lo repitió y lo subrayó mirándome a los ojos.

Sigo preguntándome cómo habrá hecho para ser la persona seria, de buen humor y de buen corazón que ha seguido siendo.

Sigo acordándome de que, luego de soltarme su tragedia y su milagro, me dio las gracias y cambió de tema como si este libro fuera un hecho.

Río muerto es una novela planteada desde lo testimonial y con un tema –el tema– controvertido, delicado y

doloroso: las masacres de los últimos treinta años en el país. Aborda la historia de los Palacios, una familia humilde que vive en Belén del Chamí, un pueblo tan pequeño y apartado que ni figura en el mapa de Colombia. Salomón Palacios, dedicado a hacer trasteos en el pueblo y veredas cercanas, regresa tarde de trabajar. Al pie de su casa, lo recibe un puñado de matones, paramilitares en buen castizo, que lo matan a quemarropa. Y entonces Salomón se convierte en un alma en pena que seguirá toda la acción: comenzando ahí, con unos niños y una esposa que arrastran el cuerpo a su casa, el arco de la novela abarca los últimos días de los suyos –su esposa Hipólita y sus hijos Maximiliano y Segundo– en ese pueblo que tuvo la mala suerte de volverse un infierno entre los fuegos guerrilleros de antes y de los paramilitares después.

Cuando la novela aún comienza, uno lo mínimo que se pregunta es cómo un testimonio que se plantea de forma tan realista le da cabida a un espanto que actúa y piensa dentro del cuerpo del texto. Valga la aclaración: el espanto es un personaje entrañable, Salomón Palacios, un mudo buena persona que hacía trasteos y que le ofrece al narrador momentos de reflexión lúcida y espacios para la recreación de una ternura extraordinaria. El problema es que su familia no percibe sino manifestaciones típicas: un portazo, la luz que titila, un frío que se les cala en los huesos. Uno pensaría: claro, la mano del autor, *literatura*, pero entonces lo que podría plantearse como incursión en lo fantástico o lo real maravilloso termina por sembrarse de duda dentro del pacto testimonial. Comienza uno a dudar de lo fantasiosa que puede resultar una historia “de verdad verdad” cuando quien la está contando inventa o afirma conocer los pensamientos de un muerto mientras los personajes principales apenas lo intuyen. Sin embargo, esto queda resuelto una vez el libro introduce al memorable personaje de la bruja del pueblo, Polonia, quien por supuesto lo percibe y le entiende. El narrador en un par de momentos aclara que ha hablado con ella y así este problema de verosimilitud –incómodo por lo demás, pues no es otra cosa que una piedra en el zapato en el feliz camino de la lectura– se diluye en otro de los grandes campos de la novela: la oralidad.

Los diálogos iniciales de la novela me parecen los menos verosímiles, la oralidad menos lograda; pero este es un aspecto que mejora con las páginas, a medida que escapamos del aura teatral que tiene en su inicio. Y es que en el texto, que no dispone de las maravillas de la viva voz como el tono o el lenguaje corporal, el drama del duelo se torna muy fácilmente en solo drama, e incluso en melodrama. El lamento de Hipólita parece por momentos poco creíble y el lector puede sentir que le están dando golpes bajos para inducirlo a la compasión. Es un campo minado, de difícil logro, y más con la cantidad de páginas en las que Hipólita se desgarró en la nada.

Ahora bien, la novela mejora exponencialmente cuando salimos de este –seguramente involuntario– teatro del dolor y entramos en la carne de la acción: una mujer que decide ir a poner en su sitio a todo el mundo en ese pueblo, para ver si de paso le hacen el favor de matarla a ella y a sus hijos. Da gusto ver a esa mujer, a quien nada acobarda, ventilarle palabra por palabra toda la ropa sucia a los vecinos –aparentes cómplices o simpatizantes del asesinato–, al agente Sarria –único policía y pobre diablo despreciable–, al padre Becerra –un conveniente pastor con cuerpo de hipopótamo que se lleva lo más de bien con el ejército de turno– y finalmente al comandante “Triple Equis”, José Gregorio Saldarriaga.

En este último fragmento, no solo la novela toma un vuelo extraordinario y la tensión llega a picos verdaderamente aterradores, sino que el conjunto de personajes comienza a revelar facetas complejas que los sacan de lo anecdótico a ellos y al relato: los olvidos de Triple Equis, el heroísmo de Maximiliano, el derrumbe ante el perdón de Segundo e Hipólita, forman un conjunto de rasgos humanos que dan brillo al clímax del texto. Resultan sorprendentes –y admirables para el trabajo de Silva Romero en su reelaboración de este material oral– la terrible potencia y las muchas sutilezas que se entretajan alrededor del juicio de guerra.

No estaría completo este breve testimonio de mi lectura si no me detuviera a señalar que, a mis ojos, el momento más lúcido, brillante y sobrecogedor es cuando la novela revela de quién es el testimonio que hemos estado leyendo,

y todo, al fin, encaja de un modo impecable en el pacto de verosimilitud inicial. En bien del interés y la lectura de futuros lectores, me reservo mis otros comentarios al respecto, pues creo que vale la pena llegar hasta ese punto sin saber. Solo agregó que, aunque se comprende que la revelación del testigo tenga que esperar hasta allí, creo que cualquiera termina prefiriendo al narrador del final con su tono sencillo, descarnado y ágil de cronista y menos al otro con sus intromisiones trágicas en los lamentos de los personajes. De hecho, pienso que este último narrador resuena un tanto mejor con esas líneas iniciales: “[...] yo voté contra la paz del plebiscito aquel porque voté contra todos los verdugos”.

Mientras escribía esta reseña pensé varias veces en eso; es más, me parece un acierto el que Silva Romero haya planteado así su primera página. No pude dejar de pensar ni una vez que voté correctamente. Pero, por la atrocidad del relato y las frases que abren el libro, entendí que interpretar esa historia para un lado o para el otro es una cuestión difícil, gris, y múltiple. ¿Qué hacemos con estas historias? Tal vez deje de parecer tan claro cuando vemos lo bien que justifican ambas posiciones, como en tantos otros relatos de esta guerra que se derrama sin tregua sobre el horizonte de las décadas. Y que a uno esto le quede tan claro como un libro ante los ojos, palpable como un objeto de pocas páginas en las manos, conciso y brutal gracias a una buena primera página y a un buen final, no es menor cosa, creo yo.

Jorge Francisco Mestre